

**Número de la mesa:** 18

**Título de la mesa:** Africanos y asiáticos más allá de los límites continentales:  
migraciones, desplazamientos y comunidades transnacionales

**Apellido y nombre de las coordinadoras:** Luciana Contarino Sparta y Alcira Trincheri

**Título de la ponencia:** Haití en el mundo atlántico

**Apellido y nombre del autor:** Galiana Sergio

**Pertenencia institucional:** FFyL - UBA

**Documento de identidad:** 22.784.300

**Correo electrónico:** sergio.galiana@gmail.com

**Autorización para publicar:** si

El establecimiento del sistema colonial en América y la instauración de la trata esclavista sentaron las bases del mundo atlántico, organizado a partir de las necesidades materiales y los valores culturales de los sectores dominantes de los principales países de Europa occidental.

A partir de esta expansión europea se desarrolló en gran parte de América (el Caribe, Brasil, las colonias meridionales de Nueva Inglaterra) el sistema de plantaciones esclavistas, dando origen a sociedades caracterizadas por agudas tensiones raciales y de clases que se expresaron en numerosas rebeliones de esclavos.

Pese a este nivel de conflictividad social, durante dos siglos los europeos y sus descendientes americanos lograron conservar su predominio en las sociedades americanas y convirtieron a sus colonias en una fuente de riquezas para sus metrópolis.

La hegemonía política y cultural europea fue desafiada a partir de la última década del siglo XVIII con el inicio de la revolución en uno de los territorios más ricos del Caribe: la colonia francesa de Saint Domingue.

A lo largo del siglo siguiente, los descendientes africanos en América forjaron una identidad que revalorizaba sus orígenes y que comenzó a sistematizarse como la ideología del panafricanismo hacia las últimas décadas del siglo XIX, a partir de los trabajos del norteamericano William Edward Burghardt du Bois y del trinitense Henry Sylvester Williams (Langley 1973). En momentos en que los gobiernos americanos (y numerosos intelectuales) desarrollaron las bases ideológicas e institucionales del panamericanismo y sus reacciones como el latinoamericanismo (Funes 2006), y en que el mundo intelectual europeo y norteamericano justificaba la expansión imperialista que

se abatió sobre la mayoría de las sociedades africanas y asiáticas (Said 1997), Du Bois y Williams organizaron en 1900 en Londres la Primera Conferencia Panafricana con representantes africanos y de la diáspora africana.

Sin la vocación estrictamente política del panafricanismo, el movimiento de la negritud (*négritude*) se desarrolló en Francia a comienzos de la década de 1930. Su objetivo era revalorizar el legado cultural africano y sus principales exponentes fueron el martiniqués Aimé Césaire, el senegalés Léopold Sedar Senghor y Léon Damas, de la Guyana francesa (Abiola Irele 2008).

En ambos casos Haití fue una bisagra: miembro cofundador de la Unión de Repúblicas Americanas en 1890, el intelectual y diplomático haitiano Benito Sylvain participó del encuentro en Londres en representación de su país.

Por su parte, la *négritude* recibió la influencia de dos movimientos culturales afroamericanos: el Harlem Renaissance neoyorquino de la década de 1920 y, fundamentalmente, la corriente antropológica haitiana iniciada por Anténor Firmin a fines del siglo XIX y continuada por Jean Price-Mars una generación más tarde (Wilder 2005).

Firmin y otros intelectuales haitianos como Louis-Joseph Janvier, Benito Sylvain y Hannibal Price, buscaron establecer un diálogo el mundo académico euroatlántico (particularmente francés) a partir de la reivindicación de las raíces africanas del pueblo haitiano: los dos primeros ingresaron a la Sociedad de Antropología de París en la década de 1880 y en esos años Firmin publicó su *De l'égalité des races humaines*. (*Anthropologie positive*) como respuesta al *Essai sur l'inégalité des races humaines* de Arthur de Gobineau publicada tres décadas atrás (Hurbon 1993).

Como señalamos anteriormente, esta posición de Haití como articulador del mundo atlántico tuvo un primer momento con la revolución haitiana de 1791-1804: inspirada en los principios ideológicos de la revolución francesa y en las tradiciones del cimarronaje, sus protagonistas fueron africanos y descendientes de africanos que en la colonia americana de Saint Domingue llevaron a cabo la primera rebelión exitosa de esclavos de la historia conocida (James 2003, Gruner 2010).

El primer impacto de la revolución fue la abolición de la esclavitud en la colonia en 1793, que fue extendida al resto de las posesiones francesas un año más tarde por la Convención Nacional de París. Este triunfo de los abolicionistas (negros, mulatos y blancos) y los combates que se desarrollaron en el Caribe como resultado de la guerra

que en Europa enfrentó a la Francia revolucionaria contra diversas potencias alentaron diversos alzamientos en las posesiones inglesas, españolas y holandesas de la región.

Napoleón intentó poner fin a la experiencia emancipadora con el restablecimiento de la esclavitud en las colonias en 1802 y el envío de una expedición militar para reconquistar Saint Domingue, pero su fracaso culminó con la proclamación de la independencia de Haití en 1804 y el inicio del proceso de construcción del primer estado negro de América.

Primer país americano en abolir la esclavitud en un mundo construido en gran medida gracias al trabajo esclavo, su sola existencia fue tanto un estímulo para las luchas de los esclavos como una amenaza para plantadores y todos aquellos que se beneficiaban del orden imperante.

La dimensión americana de este proceso se reveló tanto en el plano simbólico (Haití es uno de los nombres que los taínos y arahuacos habían dado a la isla) como en el plano material: las autoridades haitianas colaboraron activamente con diversos líderes anticoloniales de la América hispana, como Francisco de Miranda, Simón Bolívar o Francisco Xavier Mina.

Por otra parte, la influencia de Haití sobre el proceso de emancipación hispanoamericano se manifestó de diversas maneras: por un lado fue utilizado de manera negativa tanto por las autoridades coloniales como por los sectores revolucionarios moderados para sostener sus posiciones políticas (Lynch 2004), iniciando una tradición que a lo largo de los siglos XIX y XX buscaría una justificación teórica y antropológica en Francia, EE.UU. y Gran Bretaña (Said 1997).

Pero también esta experiencia fue exaltada, no sólo por aquellos esclavos que redoblaron sus esfuerzos por transformar el orden imperante, sino también por Bolívar, quien reivindicó la Constitución haitiana de 1816 en su discurso ante el Congreso Constituyente de Bolivia en 1826.

Pasado este primer momento que culminó con la liquidación de la dominación ibérica en el continente, las décadas centrales del siglo XIX fueron testigos de los procesos de construcción de los estados nacionales. Este período se caracterizó por una marcada conflictividad de cada país con sus vecinos, lo que en muchos casos derivó en el estallido de guerras para resolver disputas territoriales. Por esta situación pasaron todos los países americanos, incluyendo a Haití, que en 1822 había anexo Santo Domingo y dos décadas más tarde tuvo que abandonar ese territorio en el contexto de la guerra de independencia dominicana.

Una vez encaminados los procesos de formación de los estados nacionales americanos en el último tercio del siglo XIX, comenzaron a elaborarse los mencionados discursos que buscaron desarrollar articulaciones regionales.

Sin embargo, desde una perspectiva caribeña el proceso de descolonización -la adquisición de derechos de ciudadanía para el conjunto de la población más allá de la independencia política- es un fenómeno esencialmente del siglo XX: el fin de la dominación colonial en tierra firme no implicó la liquidación de los imperios europeos en el Caribe ya que españoles, ingleses, franceses, holandeses y daneses mantuvieron sus posesiones insulares a lo largo del siglo XIX, llegando en algunos casos hasta el presente (Bosch 1985).

La ruptura se dio luego de la Segunda Guerra Mundial cuando entró en crisis el paradigma imperial clásico europeo, como lo demuestran la sanción de la Constitución de la IV República Francesa en 1946 –que otorgaba derechos de ciudadanía a todos los súbditos franceses– y el acceso a la independencia de la India un año más tarde.

En este nuevo contexto ideologías como el panafricanismo y la *négritude* adquirieron una nueva dimensión, ya que sus propuestas encontrarían en África un espacio concreto donde llevarse a cabo (Cooper 2002) y la nueva generación de intelectuales afrocaribeños centró sus reflexiones y su accionar político en el mundo caribe.

La expresión más clara de la africanización del panafricanismo y la *négritude* la constituyen las trayectorias de sus referentes más significativos luego de la segunda posguerra: Kwame Nkrumah fue Secretario del V Congreso Panafricano celebrado en Manchester en 1945 y regresó a su Costa de Oro natal (actual Ghana) dos años más tarde para participar de la vida política de esa colonia británica, de la cual sería su primer presidente en 1957; Léopold Sédar Senghor, ya señalado como uno de los padres de la *négritude*, renunció en 1948 al partido socialista francés (la entonces SFIO) para fundar el Bloque Democrático Senegalés, partido que lideró el proceso independentista y que en 1960 le permitió a Senghor convertirse en el primer presidente de Senegal, cargo que mantuvo hasta 1980.

Entre los intelectuales afrocaribeños resulta paradigmática la trayectoria de Eric Williams: autor de la ya clásica obra *Capitalismo y esclavitud* publicada en 1944, luego de la Segunda Guerra Mundial regresó a su Trinidad y Tobago natal y en 1956 fundó el Movimiento Nacional del Pueblo, partido que lideró el proceso de independencia trinitense y que le permitió acceder al cargo de primer ministro en ese año y desempeñarlo hasta su muerte en 1981.

## **Bibliografía**

- ABIOLA IRELE, Francis (2008). *Négritude et condition africaine*, París, Karthala/SEPHIS
- BOSCH, Juan (1985), *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, Madrid, Sarpe.
- COOPER, Frederick (2002), *Africa since 1940. The Past of the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FUNES, Patricia (2006), *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo.
- GILROY, Paul (1993), *The Black Atlantic: Modernity and Double-Consciousness*, Harvard, Harvard University Press.
- GRUNER, Eduardo (2010), *La Oscuridad y las Luces*, Buenos Aires, Edhasa.
- HURBON, Laënnec (1993), *El bárbaro imaginario*, México, Fondo de Cultura Económica.
- JAMES, Cyril Lionel Robert (2003), *Los jacobinos negros*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LANGLEY, J. Ayodele (1973), *Pan-Africanism and Nationalism in West Africa 1900-1945: A Study in Ideology and Social Classes*, Oxford, Clarendon.
- LYNCH, John (2004), *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, Ariel.
- SAID, Edward W. (1997), *Cultura e Imperialismo*, Barcelona, Anagrama.
- THORNTON, John (1998), *Africa and the Africans in the Making of the Atlantic World*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WILDER, Gary (2005), *The French imperial nation-state: negritude & colonial humanism between the two World Wars*, Chicago, University of Chicago Press.